

“Entró un ángel en mi vida”  
por María Beatriz Di Nitto

Hace dos años en Río Gallegos, tuve una experiencia con un niño integrado de la escuela especial de disminuidos visuales. Supe de él, desde el día que lo inscribieron y la verdad que sentía un poco de “temor” de no saber nada sobre esa patología. El niño traía el diagnóstico de tener cataratas y desprendimiento de retina.

Desde el primer día la maestra integradora nos puso al tanto de sus síntomas y cuidados que tenía que tener. Nos reunió a todos los maestros involucrados: maestra de sala, preceptora, profesor de educación física y a mí, profesora de música. Pero... uno esperaba ansioso ese momento.

Y ese día llegó él... con una voz muy particular (era gangoso), sus ojos que parecían que iban a saltar de su cara, una sonrisa hermosa y sus manos frías pero que cuando te acariciaban eran lo más caliente que te puedas imaginar. Él transmitía calor, era muy especial.

Entró a la sala de música, y yo en todo momento, recordaba lo que me había dicho la maestra integradora: tenelo cerca, él algo puede ver pero no estés pendiente de él, sobre los errores saldrá lo que es correcto. Así fue, más de una vez metí la pata en consignas como por ejemplo: miren acá “¿Qué está haciendo el patito?” y resulta que la imagen era muy chica y los colores muy pálidos, lo cual hacía que él no lo viera. Él no decía nada, miraba a algún compañero y por imitación lo hacía.

A mí me daban ganas de abrir la puerta y salir corriendo por la bronca de ser tan “tonta”, y enseguida la integradora me apartaba y me decía: “no te desesperes, no te pongas mal, ya te vas a dar cuenta con el tiempo...”

Transcurrían los días y me sentía cada vez más entusiasmada con la experiencia, con ese nene que era toda dulzura, con ese nene que mostraba ganas de aprender, de vivir como los otros nenes. La maestra integradora resultó ser una persona sensacional, creo que ella con sus charlas, consejos supo darme a mí y a la vez sacar de mí, todo lo que necesitaba ese niño tan hermoso.

Recuerdo una experiencia que viví en uno de los talleres de la institución. Lo daba la integradora, nos habló a todos de la patología de este niño y nos puso antifaces para que vivamos y pintemos lo que el niño sentía.

Después me pidió a mí que le dé una clase con consignas y desplazamientos a mis compañeras, y luego ellas manifestaron sus vivencias y yo las mías.

Aquí se notó el trabajo en equipo, una institución decidida a trabajar y colaborar para que la integración sea lo más positivo para el niño. Todo un jardín en marcha queriendo aprender del otro.

Las experiencias se van acercando a mi memoria

Un día estábamos aprendiendo a bailar chamamé, la integradora me sugirió que él se coloque de espaldas a mí, con sus manos en mis rodillas y que yo empezara a bailar... duró un instante mi salpicado, lo largué y él siguió haciendo el paso de manera excelente.

Es así que hasta el día de hoy es como enseño a todos mis alumnos el chamamé.

Pasaron unos meses y la vista del niño se perdía cada vez más. El jardín se preparaba para él; remarcando puertas de armarios, puertas, pasillos con columnas, dibujos, etc. Se le pedía que siempre caminara con la mano adelante para no chocar con nada ya que no podía recibir ningún sacudón fuerte o golpe lo cual aceleraría su pérdida de visión.

A él se lo veía feliz, siempre con ganas de bailar, cantar, de aprender. Desde nuestro lugar, cada uno le daba el mayor incentivo posible visual, antes de que sus ojitos se apagarán.

Todo iba a quedar en él muy guardado para siempre.

Al segundo año del jardín casi no tenía vista. En la escuela especial y en el jardín ya le estaban enseñando el sistema braille y a manejar el bastón. Pero él no quería utilizarlo en el jardín. No se daba por vencido y ni la mano adelante quería colocar y nosotras notábamos que él se movía sin dificultad porque conocía muy bien cada rincón, pero si cambiábamos algo de lugar él se tropezaba.

“...que niño tan especial...” dulce, compañero, sus amigos de sala lo adoraban como el los adoraba a ellos. Lo ayudaban, lo acompañaban, aunque a veces él no quería esa ayuda y les mostraba a todos que sólo podía.

Nunca estuvo solo, todo era en equipo de apoyo, y sus padres, desde el primer día se acercaron al jardín y asistieron a todas las reuniones de evaluación que se hacían en conjunto con la escuela especial. Recomiendo las experiencias de integración, creo que para que sea positiva y buena es fundamental el acompañamiento de la escuela especial ya que viví y vivo experiencias con chicos que tiene otras patologías y si uno no está bien acompañado desde la escuela especial, no esta tan grata la experiencia y uno como docente y persona se siente muy mal.

Entonces puedo decir que fue una experiencia hermosa: él era “UN ÁNGEL”.

Mientras estoy escribiendo me acuerdo un montón de cosas y paso de la risa al llanto y del llanto a la risa. ¡Cuánto aprendí! ¡Cuánto como docente y como persona!

Nunca lo olvidaré, siempre estará con migo.

Hoy sé que él es un excelente alumno, y que sigue creciendo y brindando mucho amor a todos los que lo rodean.

Si querés comunicarte...

María Beatriz Di Nitto  
DNI: 16223445  
Profesora de Música  
Nivel Inicial  
Jardín de Infantes N° 1  
Localidad: Rió Gallegos, Santa Cruz  
TEL:02966- 428553